

La mirada en esta segunda mitad del libro se concentra en la *gente corriente* que componía Acción Argentina, que participaban de múltiples formas de movilización, que les permitían acercarse a los preeminentes dirigentes de la agrupación. Aquellos que venían reseñados en la prensa como encargados de dar los vítores y aplausos, participaban de múltiples actividades, ámbitos de sociabilidad y comparaban elementos identitarios.

Las conclusiones del libro se concentran en el episodio final en la vida de Acción Argentina, cuando muta en una Unión Democrática derrotada por el coronel Perón en febrero de 1946 en lo que creía que era su mejor juego: elecciones limpias. Las razones del descalabro electoral Bisso cree encontrarlas en la dificultad del antifascismo argentino para traducir en apoyo en las urnas la representatividad social acumulada durante más de un lustro. En momentos en los que el fraude campeaba, Acción Argentina aparecía como un espacio “democrático” y “apartidario” de expresión de intereses ciudadanos, pero una vez que se restableció un sistema electoral con todas las de la ley, el discurso antifascista parece haber perdido atractivo. La Unión Democrática no logró convencer al grueso de la población de que los principios de la justicia social “sólo eran posibles y legítimos bajo la condición de la democracia formal e institucional por cuya restauración tanto se había luchado en las épocas del fraude y la dictadura militar” (p. 314). Los parámetros fundacionales usados ya desde el alzamiento de Franco en julio de 1936 se convirtieron en “un espejismo” de una serie de polarizaciones que el final de la guerra había revelado caducos. El permanente e intenso uso de la prédica antifascista la había sometido a un desgaste que no fue percibido por los “demócratas”, que confiaron en que sería capaz de vencer a quien veían como la encarnación del peligro nazifascista en Argentina, el coronel de la Secretaría de Trabajo y Previsión Social. El grueso de la sociedad argentina, Perón incluido, entendió más rápido y mejor que Acción Argentina que la guerra había terminado y que desde entonces la política transitaría bajo otras coordenadas. Un triunfo a lo Pirro, por el contrario, parece descubrirse en la construcción y

difusión por décadas de ciertas imágenes históricas motorizadas por Acción Argentina (como la de “Perón nazi”) a las que el muy buen libro de Andrés Bisso viene a impugnar con solidez de trabajo de archivo y apertura intelectual.

**Ernesto Bohoslavsky**  
UNGS

*A propósito de Daniel Campione, El comunismo en Argentina. Sus primeros pasos, Buenos Aires, Ediciones del Centro Cultural de la Cooperación, 2005, 176 pp.*

Casi una década atrás, llamábamos la atención —con intención a la vez crítica y programática— sobre la notoria escasez de trabajos historiográficos de corte académico acerca de la trayectoria de las organizaciones políticas de la izquierda argentina, escasez extensible también a las producciones de origen partidario. Allí sugeríamos posibles explicaciones de tal borradura, esbozábamos una tipología de la literatura entonces disponible, y algunos apuntes metodológicos orientadores para encarar una tarea productiva de estudio de tales organizaciones.<sup>1</sup> El fenómeno aparecía bien ejemplificado en el caso de una de las más importantes, el Partido Comunista, al que dedicamos, poco después, la elaboración de un estado de la cuestión.<sup>2</sup> Desde entonces, indudablemente el panorama se ha modificado y enriquecido, aunque, a mi juicio, sólo parcialmente. La mayor disponibilidad de acceso a documentación, la aparición de algunos valiosos estudios y la elaboración en curso de otros, conviven con la perduración de numerosos (y cruciales) vacíos temáticos y de falencias metodológicas, y, sobre todo, con la ausencia de un verdadero *programa* interdisciplinario de estudios sobre las izquierdas argentinas

1 Jorge Cernadas, Roberto Pittaluga y Horacio Tarcus, “Para una historia de la izquierda en la Argentina. Reflexiones preliminares”, en *El Rodaballo. Revista de política y cultura*, Buenos Aires, N° 6/7, otoño-invierno de 1997, pp. 28-35.

2 Id. “La historiografía sobre el Partido Comunista de la Argentina: un estado de la cuestión”, en *El Rodaballo. Revista de política y cultura*, Buenos Aires, N° 8, otoño-invierno de 1998, pp. 31-40

(algo por cierto diferente de la sumatoria de contribuciones individuales, a menudo puntuales y sin mayor conexión entre sí, y ello con independencia de su, por otra parte, desigual valor). Esto impide, creo, compartir los diagnósticos prematuramente optimistas que algunos investigadores han vertido recientemente, acerca de la consolidación de un campo de estudios sobre la izquierda argentina.<sup>3</sup>

En este contexto rápidamente delineado, entre las novedades de la última década debe apuntarse, sin dudas, una cierta revitalización de los trabajos producidos por los propios militantes partidarios, como es el caso del libro de Daniel Campione sobre los orígenes del PCA que aquí nos ocupa, que viene a sumarse a otros aportes, tanto propios como de otros camaradas del autor.<sup>4</sup> No parece arbitrario señalar que la condición de posibilidad de tales (auto)exámenes puede anclarse en por lo menos dos procesos, casi simultáneos: la fuerte revisión de la línea política partidaria precipitada en el XVI Congreso del PCA (1986), con su estela de debates, rupturas y alejamientos, y la crisis y disolución de los “socialismos reales” a fines de esa década y comienzos de la siguiente, que estimularon una reevaluación de algunas certezas que hasta entonces parecían incommovibles en las izquierdas. Evidentemente, hoy queda poco espacio para una escritura acerca de la trayectoria partidaria del PCA, generada desde su propio seno, que se rija por la soberbia, la autorreferencialidad y las tergiversaciones y omisiones alevosas que caracterizan a un texto fundacional de la “historia oficial” de esta fuerza política, el célebre **Esbozo de Historia del Partido Comunista de la**

3 Cf., por ejemplo, Hernán Camarero, quien, en un balance no desprovisto de lagunas, afirma: “No es aventurado decirlo, asistimos a la consolidación de un nuevo campo de estudios sobre la izquierda argentina, y sobre el socialismo y el comunismo en particular”. “La izquierda como objeto historiográfico. Un balance de los estudios sobre el socialismo y el comunismo en la Argentina”, en *Nuevo Topo. Revista de historia y pensamiento crítico*, Buenos Aires, N° 1, septiembre/octubre de 2005, p. 98.

4 Nos referimos, por ejemplo, a trabajos como el de José Schulman sobre los debates en el seno del comunismo en tiempos del surgimiento del peronismo, o los del propio Campione sobre los antecedentes de la política partidaria de “convergencia cívico-militar” durante la última dictadura, entre otros.

**Argentina** (1947). En este sentido, buena parte de esta producción reciente de matriz partidaria intenta apartarse de los peores rasgos de ese tipo de literatura, más preocupada por glorificar a las direcciones clarividentes y sus “líneas” siempre correctas, desmarcándolas de los réprobos y sus variadas “desviaciones”, que por dar cuenta con criterio histórico de los complejos avatares de una organización política de extensa actividad en la vida social, cultural y política argentina como es el Partido Comunista. A este respecto, contribuciones como la de Campione vienen intentando marcar una saludable distancia de aquella tradición partidaria (desde luego, no privativa del PCA).

El texto que comentamos se concentra en la reconstrucción de un tema y un lapso bien delimitados, el del surgimiento del Partido Socialista Internacional (PSI, luego Comunista), a partir del agitado año 1917, durante el cual las crecientes disensiones internas en el viejo Partido Socialista (PS) van prefigurando la ruptura, hasta principios de 1918, cuando ésta finalmente se oficializa con la fundación del nuevo partido. Para ello, el autor sigue el curso de esas disensiones y sus principales ejes, en especial, el debate en torno de la posición partidaria frente a la Guerra Mundial (debate que, como recuerda oportunamente Campione, atravesó con intensidad a toda la sociedad y la política argentinas de entonces), fundamentalmente a partir del análisis del órgano partidario socialista *La Vanguardia* y, en menor medida, recurriendo a otras fuentes primarias y secundarias. Los resultados de su investigación se vuelcan en siete capítulos y unas breves “Conclusiones”, que componen la primera parte del volumen. La segunda y más extensa se completa con la transcripción anotada de dos interesantes documentos, ambos de 1919: “Historia del socialismo marxista en la República Argentina”, publicado como folleto por el C. E. del PSI, y “Dos meses de actuación en el Concejo Deliberante de Buenos Aires. Enero y febrero de 1919”, que reproduce las intervenciones (no exentas de fino humor) de Juan Ferlini, ex-integrante de la minoría del C. E. del PS antes de la ruptura, para entonces importante dirigente partidario y concejal capitalino por el flamante PSI, y una de

las figuras más destacadas de los primeros tramos del comunismo argentino, que Campione se propone, con justicia, rescatar de un relativo segundo plano.

A diferencia del **Esbozo** (y también de historias partidarias ulteriores de menor alcance que aquél), el relato y el análisis de las circunstancias que precipitaron la ruptura partidaria presentados aquí evidencian la clara voluntad del autor de atenerse a las normas básicas de una reconstrucción histórica. A este respecto, en la senda de trabajos extrapartidarios pioneros en la revisión de los orígenes del comunismo argentino, como los de Emilio Corbière,<sup>5</sup> se eluden las groseras omisiones de figuras y situaciones claves que, como se señaló arriba, caracterizaban a aquella narrativa fundacional, pero también a buena parte de la literatura posterior a ésta, tanto proveniente de militantes partidarios, como de no pocos de los “contra-historiadores” críticos del PCA. Para Campione, dos son las problemáticas (que, aunque distinguibles, en parte se solapan) que agudizaron los debates internos en el PS, a medida que avanzaba la interminable “Gran Guerra” iniciada en 1914: la cuestión de la neutralidad o la ruptura con las llamadas “potencias centrales”, y la relativa al carácter “revolucionario” o no del partido (expresado este último como afán de los cuadros dirigentes por afianzar al PS como un confiable “partido de gobierno”). En este sentido, afirma el autor: “el problema de la ruptura de relaciones con Alemania [sobre todo a partir de la guerra submarina adoptada por ésta en 1917] obraba como condensación de buena parte de los cuestionamientos preexistentes al grupo de conducción [del PS] —como la acusación de reformismo, las abdicaciones ante el nacionalismo, la adopción de una política por el grupo parlamentario a espaldas de las resoluciones del partido, etc.— que le hacía una corriente minoritaria pero con presencia importante en la estructura partidaria” (p. 11). Esa corriente “internacionalista” (estimulada en la

5 Emilio Corbière, “Orígenes del comunismo argentino”, en *Todo es Historia*, Buenos Aires, N° 81, febrero de 1974; “La fundación del PC, 1917-1920”, en *Todo es Historia*, Buenos Aires, N° 106, marzo de 1976; **Orígenes del comunismo argentino (el Partido Socialista Internacional)**, Buenos Aires, CEAL, 1984.

coyuntura por las conferencias socialistas de Zimmerwald y Kienthal) habría entonces disputado con la mayoría de la dirección partidaria en torno de la cuestión de la guerra, pero también contra “una línea política signada por el crecimiento electoral e incluso por la perspectiva futura de ingresar al gobierno nacional”, prolongando así una acción disidente que, para el autor (al igual que para los redactores del **Esbozo** y de obras posteriores, incluso la de Corbière), se remontaría a 1911 o 1912, a través de iniciativas tales como la fundación del Centro de Estudios “Carlos Marx”, el periódico **Palabra Socialista**, el Comité de Propaganda Gremial, la organización de las Juventudes Socialistas y el periódico **La Internacional**, para culminar con la ruptura y la conformación del PSI en enero de 1918. El libro recorre entonces la actuación parlamentaria del PS a partir de la ampliación del sistema político habilitada por la Ley Sáenz Peña de 1912; la reacción pro-rupturista adoptada por la dirección partidaria ante el hundimiento del buque argentino “Monte Protegido” por Alemania y la subsiguiente condena de esa posición por el III Congreso Extraordinario del PS de abril de 1917; el pronunciamiento abiertamente favorable a la ruptura de relaciones por parte del senador socialista Del Valle Iberlucea en septiembre de ese año (en clara violación de las resoluciones del citado Congreso); la renuncia del grupo parlamentario a sus bancas (maniobra destinada a preservar sus cuestionadas posiciones dirigentes) y el final rechazo de la misma por el método del “voto general” de los afiliados (proceso reconstruido en el capítulo V, uno de los más ricos del libro); la expulsión de los militantes y centros partidarios que persistían en exigir el respeto a las resoluciones del III Congreso Extraordinario, y la ulterior constitución del PSI.

No obstante la corrección, el valor historiográfico e incluso la amenidad de esta reconstrucción (y de los documentos anexados y comentados en la segunda parte del volumen), vale sin embargo apuntar aquí algunos problemas y límites de este esfuerzo, que conciernen, creo, al menos en parte, a la concepción que aún subyace a esa reconstrucción. El primero y tal vez más evidente es que el texto no logra —o no busca— abandonar com-



pletamente los parámetros de las (viejas y no tan viejas) historias “militantes”, tal como las hemos caracterizado en otro lugar.<sup>6</sup> En particular, aunque el relato aparece afortunadamente desprovisto de la profusión de “provocadores policiales”, “liquidacionistas”, “ultraizquierdistas”, “oportunistas” e incluso “aventureras de vida turbia” que, acechando a la “línea justa” y sus portadores, pueblan las páginas del **Esbozo** y de no poca literatura partidaria, la obra no deja de deslizar la añoranza de esa “línea justa”. Así, por ejemplo, no faltan aquí (bien que caute-losamente entrecomilladas) expresiones acerca de la creciente “desviación parlamentaria” del viejo PS, presuntamente estimulada por sus relativos éxitos electorales de 1912-1916 y por las orientaciones crecientemente dominantes en la socialdemocracia internacional (p. 11), o una evaluación de la actuación de Ferlini en el Concejo Deliberante que incluye la sentencia (respaldada en valoraciones del veterano dirigente del Partido Comunista Revolucionario Otto Vargas, aunque tampoco muy distante de las apreciaciones del **Esbozo** al abordar este periodo y los años ‘20) de que “el socialismo internacional, recién separado del viejo tronco socialista, aún no tenía una línea marxista revolucionaria totalmente definida” (p. 117). Cabe inferir entonces que esa “línea marxista revolucionaria totalmente definida” (si tal cosa fuera posible) habría visto la luz en algún tramo ulterior de la historia partidaria, que no es objeto de este trabajo, aunque tampoco ninguna indicación del autor permite situarlo con precisión (como sí lo hacía abiertamente el **Esbozo**, que ubicó tal adquisición —el preciado *marxismo-leninismo-stalinismo*—, de una vez y para siempre, a fines del turbulento decenio que siguió a la fundación del PSI, con la perdurable consolidación en la dirección de Vittorio Codovilla, Rodolfo Ghioldi y otros maestros del pensamiento marxista local). En sentido similar, vale mencionar los comentarios críticos de Campione acerca de que los “internacionalistas” compartían con los “mayoritarios” un defecto mayúsculo: no ubicar “las consecuencias del arribo del capitalismo a su fase imperialista, las diferen-

cias entre los países del capitalismo avanzado y las colonias y semicolonias [...]” (p. 14), afirmación que, más allá de otras posibles consideraciones, parece susceptible de ser matizada a la luz de las críticas no livianas que los “internacionalistas” dirigían a la bancada socialista a propósito del conflicto mundial, y que el propio autor recoge líneas más abajo: “[...] le reprochan ignorar el carácter clasista de la guerra, subordinarse a los intereses imperialistas, tomar como ciertas las manifestaciones, a su juicio imposturas, que sobre la ‘defensa de la paz y la libertad’ impregnaban el discurso de las potencias aliadas” (p. 15). Pareciera exigirse aquí a la minoría disidente, algo anacrónicamente, que hubiera hecho propios determinados análisis del imperialismo que para la época recién se estaban difundiendo —en competencia con otros— en el seno de la Internacional socialista, y no necesariamente a través de sus voceros entonces más prestigiosos y con mayor audiencia.

También cabe apuntar que, al igual que en las historias de formato más tradicional, el relato se concentra predominantemente —contra las célebres sugerencias metodológicas gramscianas, que el autor conoce bien— en los avatares internos de la organización, y particularmente tal como aparecen expresados a través de las posiciones de sus cuadros dirigentes (incluidos los de la minoría disidente). Por ejemplo, si bien en el relato hay un valioso esfuerzo por referir al proceso histórico local e internacional más amplio que acompaña los conflictos de la vida partidaria, no siempre logra integrarse satisfactoriamente como factor explicativo de los mismos (por caso, cuando se alude a la tendencia de los partidos de la Internacional, incluido el argentino, a pensarse —y en algunos casos a constituirse— como “partidos de gobierno”, se echa de menos alguna reflexión acerca de cómo podría traducirse prácticamente tal tendencia en el caso de un PS débil en la escena política nacional, y que por lo demás abominaba del radicalismo —firmemente consolidado en el gobierno— como una expresión más de los viejos vicios de la “política criolla”, situación ciertamente muy distinta de la que se presentaba contemporáneamente a algunos partidos socialistas europeos).

Las mayores excepciones a este señalamiento crítico se ubican en el capítulo V del libro, que, al recoger y examinar la multiplicidad de reacciones que genera en los centros socialistas la decisión del grupo parlamentario de someter a votación de los afiliados su renuncia a las bancas, es, como ya dijimos, uno de los más valiosos del volumen, precisamente porque opera un relativo descentramiento de la narración, del seguimiento de los cuadros dirigentes al de las bases, en el análisis de la dinámica partidaria. Otro tanto sucede cuando el autor esboza algunas de las diferencias que alejan (y oponen) a los “disidentes” del grupo parlamentario, incluyendo las referidas a extracción social, prestigio y reconocimiento acumulados en el seno de la masa y la estructura partidarias, nivel de instrucción, etc., diferencias que se solapan con (y alimentan a) las estrictamente ideológico-doctrinarias. El propio Campione había formulado, en un trabajo anterior,<sup>7</sup> interesantes apreciaciones acerca de la necesidad de atender a “la cotidianeidad, a la *sensibilidad*, a los comportamientos y mentalidades” (aunque restringiendo tal necesidad, a nuestro juicio unilateralmente, a las “bases” más que a las estructuras dirigentes partidarias). Esta fructífera premisa metodológica es la que aquí sólo despunta ocasionalmente. En parte ello también sucede en el capítulo VI, cuando el autor registra el deslizamiento del lenguaje empleado por la dirección del PS para referirse a los “internacionalistas”, a partir de la profundización del conflicto interno a fines de 1917. En efecto, la discusión político-ideológica cede lugar a la diatriba, expresada con términos “terapéuticos” que Campione encuentra inficionados por el discurso higienista estatal en boga, con todas las connotaciones de control social que éste acarrea. La sugerencia de un cruce entre ambas series de discursos no deja de ser atractiva, y amerita mayor exploración. No obstante, basta reparar algunos de los términos y de las estrategias discursivas aplicadas por la dirección partidaria (la “infiltración” de “elementos extraños”, la existencia de

6 Ver los trabajos citados en notas 1 y 2.

7 “Los comunistas argentinos. Bases para una reconstrucción de su historia”, en **Periferias. Revista de Ciencias Sociales**, Buenos Aires, Nº 1, octubre de 1996.

un “grupito conspirador y disolvente”, “pústula”, “granos purulentos”, “sustancias mórbidas y extrañas”, “gangrena”, “histriones y mentecatos que forman en todas partes la resaca de la política burguesa”, acusaciones de infiltración de los disidentes por la policía...), para identificar algunos de los tópicos más recurrentes que han acompañado (y racionalizado) los conflictos intestinos de ésta y de muchas otras organizaciones de izquierda, más allá de la vigencia temporal (acotada) del discurso higienista. Acaso ello sugiere la necesidad de una mirada más atenta también a las componentes estructurales e institucionales de “larga duración” de la lucha política en el seno de las izquierdas.

Por último, a pesar de la contribución del volumen que comentamos, subsiste, creo, la falta de nuevas indagaciones y reflexiones acerca del desemboque final del conflicto en la constitución del PSI, desemboque que no debería naturalizarse. Campione analiza acertadamente la sagacidad (e implacabilidad) con que la dirección justista del PS neutraliza a la disidencia “internacionalista” y desactiva los espacios donde gozaba de mayor influencia —el sindical y el juvenil—, hasta lograr su expulsión, al tiempo que sostiene que “para los internacionalistas quedó claro, a su vez, por el desarrollo y resultado de la crisis partidaria, que para seguir planteando un programa revolucionario, realizar un trabajo político dirigido al movimiento obrero, y dotar de visibilidad pública a esas ideas, se requería un nuevo partido” (p. 55). Ello no clausura interrogantes acerca del carácter eventualmente “prematureo” de la ruptura, no en el sentido de que ésta fuera necesariamente “evitable” —posibilidad más bien remota, habida cuenta de la violencia del debate interno que Campione reconstruye—, sino de que, como sugerimos en otro lugar, acaso condujo a una “fundación institucional débil, cuya legitimidad depende excesivamente de un proceso exterior y lejano, por más intenso que fuese su influjo, como el proceso revolucionario ruso”.<sup>8</sup>

8 “La historiografía sobre el Partido Comunista de la Argentina: un estado de la cuestión”, cit., p. 37. Allí se recuerda un dato llamativo sobre este punto (extraído del propio **Esbozo**): en el III Congreso Ex-

A este respecto, la propia imagen que los “internacionalistas” construyen de sí mismos en su **Historia del socialismo marxista en la República Argentina** de 1919 (que concluye reclamando a la Internacional socialista los títulos de única sección argentina de la misma), transcrita en la sección documental del volumen de Campione, no exenta de un cierto tono quejumbroso y “defensivo” ante las astutas maniobras y las arbitrariedades de la dirección partidaria para marginarlos, parece abonar la idea de una ruptura percibida a la vez como inevitable y no deseada.<sup>9</sup>

En síntesis, aunque, como señalamos al inicio de esta reseña, estemos aún lejos de avances decisivos en la reconstrucción de la trayectoria de las principales fuerzas políticas de la izquierda argentina del siglo XX, el volumen de Campione, con sus fortalezas y debilidades, se inscribe legítimamente en ese desafío, a la vez historiográfico y político.

**Jorge Cernadas**  
UBA / UNGS

traordinario de abril de 1917, la moción de la minoría “internacionalista” se impone a la de la mayoría justista obteniendo más de 4000 votos de los *delegados* presentes, mientras que en el congreso fundacional del PSI, celebrado sólo 9 meses más tarde (enero de 1918), estuvieron representados 766 *afiliados*.

9 Por ejemplo, cuando afirman, en un manifiesto difundido para desmentir las calumnias de **La Vanguardia**: “[...] Como nuestros procedimientos son limpios y correctos, el grupo dirigente del partido, que nunca toleró por mucho tiempo ninguna oposición sería dentro del partido, desea eliminarnos de cualquier modo, por inmoral que sea, para asegurarse así el disfrute tranquilo del poder dentro de la agrupación [...] Hacía tiempo que el C. E. buscaba un pretexto para asestarnos un golpe de muerte. Su falta de escrúpulos y su sagacidad calculadora lo ha encontrado ahora, en vísperas de una doble elección de candidatos, en la fundación de este ‘Comité pro defensa de la resolución del III Congreso Extraordinario’ (p. 93, cursivas en el original). Otro tanto ocurre en un artículo del órgano de los disidentes, **La Internacional** de febrero de 1918, en el que se afirma: “Los parlamentarios socialistas, autores y actores de esta modalidad conciliatoria (...) han provocado forzosamente la disidencia; primero en el seno mismo del partido... y finalmente fuera expulsando del partido a los que con el derecho de pensar y de hablar veníamos señalando la desviación y reclamando que el partido no abandonara su principio fundamental” (cit. en p. 46, cursivas nuestras).

*A propósito de Marcelo Larraquy, Fuimos soldados. Historia secreta de la contraofensiva montonera, Buenos Aires, Aguilar, 2006, 243 pp.*

Si hasta mediados de los ‘90 era difícil encontrar ex militantes dispuestos a relatar sus experiencias de vida al interior de las organizaciones armadas, desde hace ya unos años esta tendencia se ha ido revirtiendo y son cada vez más quienes están prontos a narrar su versión de dicha historia. Los motivos de este cambio van desde los denominados “tiempos de la memoria” hasta las últimas políticas públicas de intervención en torno al pasado reciente.

Sin embargo, y a pesar de la creciente circulación de testimonios sobre los setenta, acerca de esta década —ampliamente caracterizada como violenta— casi no existen estudios que pongan el centro de atención en las organizaciones armadas en general y en Montoneros en particular.

El libro que hoy presenta Marcelo Larraquy, periodista de vasta trayectoria, se inscribe en la línea de los trabajos que se interrogan por lo ocurrido en aquellos años convulsionados, y es una muestra más de un foco de interés sostenido que anteriormente dio origen a los libros **Gallimberti. De Perón a Susana, de Montoneros a la CIA** (en coautoría con R. Caballero) y **López Rega. La biografía**.

Esta vez, Larraquy se sumerge en una historia muchas veces nombrada y poco o nada investigada: la contraofensiva montonera llevada adelante en dos etapas, durante 1979 y 1980. Ya el clásico trabajo de Richard Gillespie hacía mención al “desastroso intento de retorno” que desembocaría en la muerte y desaparición de todos los militantes que participaron de este operativo, y aún existiendo alusiones en memorias y testimonios, no había hasta el momento un estudio serio de la contraofensiva. El antecedente inmediato lo constituía el libro de Cristina Zuker, llamado **El tren de la victoria**, y se trataba más de un relato novelado sobre una historia familiar que una investigación precisa sobre este episodio.

Larraquy intenta retomar lo que Zuker había apenas esbozado: la necesidad de “recons-